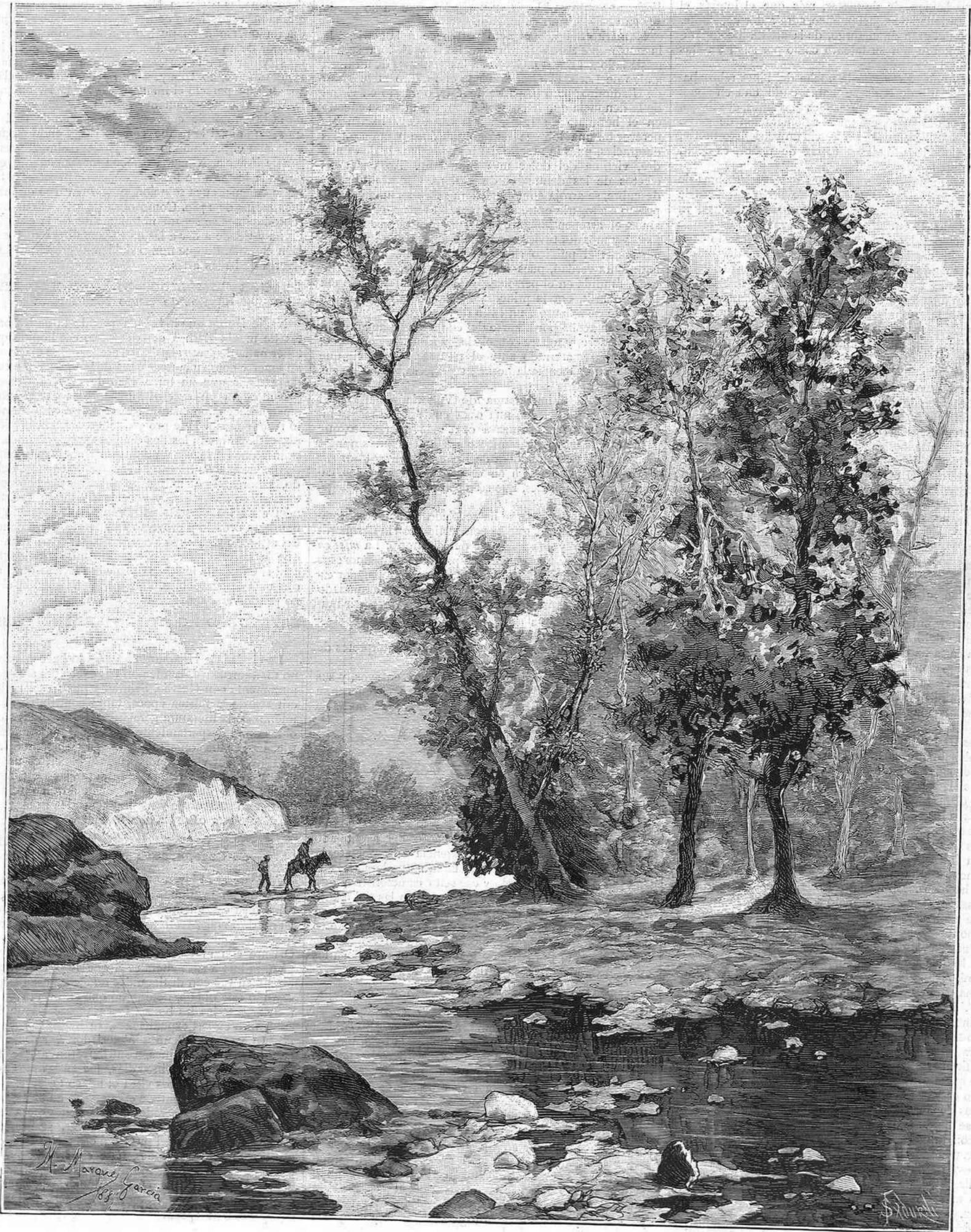




AÑO I

← BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1882 →

NUM. 51



ORILLAS DEL FRESE, por M. Marqués García

## SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—PIPÁ (conclusion), por Clarin.—FANTASÍA DE DICIEMBRE (Imitación de Keszich), por don José Ortega Munilla.—CRÓNICA CIENTÍFICA. LAS TIERRAS QUE RESPIRAN (Primera parte), por el doctor Hispanus.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—ORILLAS DEL FRÉSER, por M. Marqués García.—UN ALMA ENFERMA, por Herman Kaulbach.—LUIS XV EN EL GABINETE DE LA DUBARRY, por Benzur Gyula.—PLACER CUMPLIDO.—PLACER FRUSTRADO, dibujos de Hugo Kauffmann.—ESTATUA DE GOTOLDO EPHRAIM LESSING, por F. Schaper.—Lámina suelta.—BODAS DE ALEJANDRO EL GRANDE EN SUSA, cuadro de Andrés Muller.

## LA SEMANA EN EL CARTEL

FÉDORA, drama de Sardou

Un nuevo drama de Sardou y la reaparición con él de Sarah Bernhardt en uno de los teatros de París, es decir, dos grandes acontecimientos fundidos en uno solo, ¿cómo no habían de despertar, más que el interés, el afán y la ansiedad de aquel público, admirador constante, al par que del gran dramaturgo, de la artista incomparable, tan célebre por su talento como por sus inauditas genialidades!

El Teatro del Vaudeville la noche del lunes rebosaba. Lo más granado de París se había dado cita en aquel coliseo: la avidez era inmensa. Dos días antes, el sábado, al abrirse el despacho, era tal la aglomeración de gente junto a las rejillas, que se promovió un verdadero motín, tomándose las localidades á fuerza de puños, es decir, casi por derecho de conquista.

¿Son merecedoras de semejantes excesos las obras de Sardou? Indudablemente. El autor de *Fédora*, si no es de la madera de los Shakespeares ni de los Calderones, ni siquiera de los Corneilles, si no es un maestro en el arte de analizar pasiones, ni de sublimar caracteres, lo es sí en el difícilísimo *métier* de halagar los gustos del auditorio, combinando la acción de sus obras con tanto acierto, dotándolas de un interés tan poderoso, que todos cuantos asisten á su hábil desarrollo están pendientes de los labios de los personajes á quienes mueve el autor con mano peritísima.

La crítica exigente le echará en cara el uso frecuente de ciertos artificios un tanto inverosímiles ó convencionales; pero el público seducido, anhelante de interés, le absuelve de buen grado.

Este carácter inherente á las producciones de Sardou, predomina en *Fédora*. Tiene artificios y convencionalismos como todas las precedentes; pero más que otra alguna despierta interés y provoca estupendas emociones.

La princesa Fédora, opulenta viuda rusa en visperas de casarse con Uladimiro Garishkinc, hijo del jefe de policía de San Petersburgo, siente alguna inquietud por no haber visto á su novio en todo el día, y al salir del teatro se llega á casa de éste, en el momento en que Uladimiro es conducido á ella, herido de muerte con una bala en el pecho. Privado de revelar el nombre de su matador, el novio de Fédora sucumbe, sin dejar más que un pequeño indicio que pueda facilitar la averiguación de tan misterioso acontecimiento.

En efecto, por la mañana recibió una carta, dando al portador por única respuesta una frase concisa: «Iré.» Uladimiro dejó la carta en el cajón de su escritorio; pero la carta ha desaparecido. ¿Quién pudo sustraerla? Sólo una persona entró durante el día en el despacho de la víctima; esta persona es Loris Ipanoff. Ese Loris pasa plaza de nihilista: Uladimiro es hijo del jefe de policía; luego se ha cometido un crimen político, una venganza, ¿quién sabe?

Estos presentimientos perfectamente lógicos se confirman plenamente cuando la policía, al ir á prender á Loris, encuéntrase con que éste se ha fugado.

Tal es la exposición ó el prólogo de este drama de acción clara, rápida, interesante, trazada magistralmente.

Loris se ha refugiado en París y Fédora, anhelosa de venganza, sigue sus huellas. En París, pues, y en los salones de una condesa rusa, transcurre el acto segundo. Fédora intima con Loris, con objeto de hacerle confesar el crimen, esgrimiendo con él sus gracias, sus incomparables hechizos. El incauto Loris se cree amado y lo confiesa. Si, él fué quien mató á Uladimiro. ¿Y por qué? ¡Ah! la explicación es larga y delicada, y en los salones de la condesa podrían observarles, podrían verles.

—Pues en mi casa os espero esta noche, á la salida del teatro, le dice Fédora.

—Iré, responde Loris con efusión, mientras Fédora exclama para sus adentros:

—¡Ah! ¡bandido!... ¡Al fin caiste!

El interés del público va acrecentándose al empezar el acto tercero, el más culminante del drama. Fédora ha preparado su venganza. Casi le ha faltado tiempo para transmitir al jefe de la policía de San Petersburgo la noticia de que Loris, el nihilista, ha confesado su crimen. El asesino caerá en sus manos sin remedio: algunos agentes secretos de la policía rusa, apostados en el jardín de Fédora, se apoderarán de Loris, cuando salga de la entrevista con la bella princesa. El *yacht* de ésta espera en el muelle, una fragata rusa en el Havre: el plan es magistral, Loris está perdido.

Al llegar á este punto de la acción, surge el golpe de efecto más imprevisto, más colosal de los dramas de Sardou.

Loris confiesa que mató á Uladimiro; pero no por

móviles políticos, como se cree, sino por vengar su honor de esposo ultrajado. Uladimiro era un calavera abominable que amaba á la mujer de Loris; por eso Loris sustrajo del escritorio aquella carta de su mujer que era la prueba plena de la culpabilidad de la adúltera, y á mayor abundamiento posee un billete de Uladimiro á su amante, sincerándose de su proyectado casamiento con Fédora: en este billete declara que no ama á la princesa, sino á sus millones.

¡Aterradora revelación! Es decir, que aquel hombre á quien Fédora, en su póstumo amor, pretende cazar como á una fiera, y á quien ha denunciado á la policía rusa, ha matado á Uladimiro, sí; pero no al amante ideal, sino al infame y al traidor á los amores de Fédora. Loris, no sólo vengó su honor; vengó también á la princesa. ¿Puede ésta permitir que salga de su casa y caiga en manos de los esbirros apostados en el jardín? En manera alguna: Loris no partirá. Allá están los brazos de Fédora para retenerle, allá las seductoras gracias de la mujer para embriagarle. Y hé aquí por qué móviles tan humanos el terrible afán de venganza se trueca en amor profundo. Fédora se entrega á Loris, su vencedor, que ya no puede ser su víctima, sino su amante.

El mérito del último acto pertenece á la actriz, á la incomparable Sarah Bernhardt. Loris y Fédora se han trasladado á Londres. Gracias á las gestiones de un buen amigo de Loris, el Czar concede el indulto al matador de Uladimiro; pero el padre de éste, obrando en virtud de la denuncia que le envió Fédora, desahoga su encono en el hermano de Loris, aprisionándole y haciéndole perecer en una lóbrega mazmorra. Y no paran aquí las desgracias, pues la muerte del hijo, produce la de la madre, víctima del dolor más inhumano. Tales son los efectos de las denuncias de Fédora. Cuando Loris lo descubre, se arroja como una fiera sobre su amante, dispuesto á ahogarla entre sus manos. El terror, el dolor, el amor, el arrepentimiento, este conjunto de sensaciones físicas y morales tuvieron en la Bernhardt una intérprete sin igual: el público se sintió conmovido, arrebatado, ante tanta verdad, pues la famosa actriz estaba identificada, fundida en el personaje que representaba. No era la Bernhardt, era la princesa Fédora, y tuvo un éxito, más que de aplausos, un éxito de lágrimas.

Fédora acaba por librarse del enojo de su amante envenenándose, y muere consolada, perdonada por Loris, conmovido y aterrado ante el tremendo sacrificio que hace de su existencia la hermosa princesa, causa de sus desventuras.

Este es el último drama de Victoriano Sardou, el acontecimiento del día, una obra cuajada de rasgos ingeniosos, lleno de escenas á cual más interesante, que si bien tiene en su pensamiento original algunos puntos de semejanza con una obra de Belot, *Le drame de la rue de la Paix*, adquiere en su desarrollo tales vuelos, caracteres tan originales, que sólo son propios de los ingenios superiores.

En el papel de Loris se ha revelado un actor sobresaliente, Pedro Bertou, que ha compartido con la Bernhardt la admiración y los aplausos del auditorio. La *mise en scène* admirable, un portento de propiedad y primor: los detalles más nimios han sido atendidos con singular esmero; y en cuanto á los famosos trajes y al anunciado abanico de la caprichosa actriz, no ha de trascurrir mucho tiempo sin que las damas favoritas de la moda se disputen la gloria de llevarlos las primeras.

Un detalle que explica el mérito de los intérpretes de *Fédora*:

Sardou presenció uno de los últimos ensayos, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Es que, al tomar cuerpo su drama, descubrió impresiones y efectos que no había soñado al escribirlo.

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

ORILLAS DEL FRÉSER, por M. Marqués García

No es lo accidentado y escabroso del terreno, ni la exuberancia de la vegetación, ni las remotas perspectivas lo que predomina en el lindo cuadro del aventajado artista Sr. Marqués, sino la transparencia del ambiente, la plácida calma que parece reinar en la naturaleza, la tersura del diáfano riachuelo y ese sello característico que todo pintor imprime á sus obras, y que en las del citado artista se revela en la elegante sencillez del asunto y en la armónica combinación de los detalles. Añádase á esto la acertada aplicación del colorido, y se comprenderá la aceptación que por parte de los inteligentes merecen los cuadros de nuestro compatriota el Sr. Marqués.

UN ALMA ENFERMA, por Herman Kaulbach

Las almas apesadumbradas necesitan desahogar su pena en el seno de un amigo prudente. Esto ha venido á hacer en la cabaña del humilde religioso la bella y noble dama de nuestro cuadro. Que la tristeza hace estragos en su tierno corazón lo dice sobradamente la expresión de su semblante; y que el amor es causa de esa tristeza lo decimos nosotros sin querer pasar plaza de adivinos. ¿De qué otro padecimiento moral puede sentirse herida la envidiada hija del poderoso castellano que del monarca abajo no reconoce superior en todo el reino?... Desgraciadamente esos barones de la Edad media se hallan tan habituados á las escenas de campamento, que no entienden poco ni mucho de achaques amorosos; y la niña apenada se halla condenada á entregar su mano al grosero doncel que en campo abierto la obtenga á fuerza de puños; mas

que reviente de dolor el barbilampiño paje ó el romántico trovador que puso atrevidamente los ojos en sitio tan alto. La situación es apurada y escabrosa: el buen ermitaño, que antes de renunciar al mundo ha vivido en él, como lo revelan algunas piezas que conserva de su antigua armadura, se halla bastante perplejo en emitir su parecer, porque el señor del castillo lo mismo detendría su cólera ante el sayal del penitente que ante la hopalandada del judío. Lo más probable es que la joven volverá á su morada con las mismas penas que de ella se trajo, apenas aliviada de algunas gotas de hiel vertidas en el seno de un amigo impotente para endulzarlas.

LUIS XV EN EL GABINETE DE LA DUBARRY por Benzur Gyula

En esta composición, que por lo exuberante recuerda en algún modo la escuela de Rubens, no se sabe si admirar más la intención del autor ó sus poderosos medios de ejecución. Tres personajes figuran en la escena: Madame Dubarry, su esclavo el negro Zamora, y el rey Luis XV, esclavo de la cortesana, del negro y de sus desordenadas pasiones. No puede, con efecto, darse epigrama más sangriento contra aquel soberano que pretendía imponerse á su pueblo y á su tiempo, y que en el interior de un gabinete licencioso se convertía en humilde servidor de una cortesana que, con otras varias de su misma índole, contribuyeron no poco á levantar el cadalso en que pereció el infeliz Luis XVI. El amante de la Dubarry, ostentosamente vestido, depona su majestad hasta el punto de convertirse en *garçon* de café de su querida; la cual le recibe con un látigo en la mano, significando el predominio que ejercía realmente sobre el rey de Francia. Ninguna persona medianamente enterada de la historia de Francia, dejará de penetrar el trasparente enigma, cuya solución quedó á cargo de los revolucionarios de 1789. Como obra de arte, el cuadro que reproducimos se separa notoriamente de la escuela moderna y tiende á dar á las escenas realistas una entonación elevada, de que nunca debieran prescindir los profesores de bellas artes.

PLACER CUMPLIDO.—PLACER FRUSTRADO dibujos de Hugo Kauffmann

Nadie ignora que la bebida predilecta de los habitantes de media Europa es la cerveza, ese líquido que sin tener nada de grato al paladar, acaba, como el tabaco, por imponerse como una necesidad de la vida. Por esto no es de extrañar que un buen vaso de cerveza cause tanto placer como un excelente habano, ni que se sufra una amarga decepción cuando carece de las condiciones que lo recomiendan. Este pro y este contra han inspirado al pintor Kauffmann los dos dibujos que insertamos. En el primero nos presenta un enjuto personaje que contempla con expresión de beatitud la rebosante espuma del líquido, saboreando de antemano el breve placer que ha de causarle su absorción, y pareciendo decir: «¡Este es el néctar de los dioses!»—En cambio el segundo dibujo figura un orondo y proveccto campesino, buen conocedor del artículo, y en cuyo avinagrado gesto se echa de ver que la cerveza debe de estar no menos avinagrada, ó cual si en vez de lúpulo y cebada contuviese otras sustancias más desagradables. Para un buen bebedor, el placer no puede verse más frustrado.

ESTATUA DE GOTOLDO EPHRAIM LESSING, por F. Schaper

La ciudad de Hamburgo ha erigido hace poco un digno monumento á la memoria del célebre alemán que, juntamente con Goethe, Schiller y otros esclarecidos escritores de la misma época, tanto contribuyó al renacimiento de la literatura germánica y tanto influyó con sus obras en el despertamiento intelectual y moral de su patria. La estatua conmemorativa de Lessing, modelada por J. Ehrentraut y esculpida por F. Schaper, es un trabajo verdaderamente artístico, que sin dejar de caracterizar de un modo cumplido al personaje á quien representa, guarda en su sencilla y natural actitud la nobleza y severidad que esta clase de obras requiere.

BODAS DE ALEJANDRO EL GRANDE en Susa, cuadro de Andrés Muller

Al regresar el joven emperador griego victorioso de su campaña en la India, sentó sus reales en Susa, donde celebró su casamiento con la bella Estira, hija del rey Darío de Persia, realizando así uno de sus principales propósitos, cual era el de conciliar y unir en lo posible el Oriente con el Occidente. Para completar aun más su plan, indujo á sus generales á que le imitaran, enlazándose á su vez con distinguidas doncellas asiáticas, y conseguido este objeto, determinó que en un mismo día se festejaran todas las bodas. Las riquezas adquiridas por Alejandro en sus expediciones, su largueza y desprendimiento y, según algunos historiadores, su afición á la pompa y á los festines, contribuyeron á que aquellas fiestas, que duraron cinco días, fuesen las más espléndidas que hasta entonces viera el lujoso Oriente.

El artista ha presentado este asunto en el momento en que reunidos el emperador y su joven esposa así como sus generales con las suyas respectivas, se presentan diferentes comisiones del pueblo á ofrecerles toda clase de preciosos y variados dones. Este cuadro, en que resalta, como en todos los del mismo autor, la habilidad en la composición, da una completa idea de la riqueza y esplendor con que se celebraban tales acontecimientos en aquella remota época.

PIPÁ  
( Conclusion )

V

Habia terminado la fiesta. Pipá oía desvanecerse á lo lejos el ruido de los coches que devolvían á las familias respectivas todo aquel pequeño gran mundo en que el pillete de la calle de Extremeños habia brillado por dos ó tres horas. Irene le habia tenido todo el tiempo á su lado; para él habian sido los mejores obsequios. De tanto señor vestido á la antigua española, de tantas damas con traje de corte que bien medirian tres cuartas y media de estatura, de tanto guerrero de deslumbrante armadura, de tanta aldeana de los Alpes, de tantos y tantos señores y señoras en miniatura, nadie habia podido llamar la atencion y el aprecio de la mona del Palacio consagrada en cuerpo y alma á su máscara, al fantasma que la tenia dominada por el terror y el misterio. Pipá habia estado muy poco comunicativo. Cuando se llegó al bufet, repartió subrepticamente algunos pellizcos entre algunos caballeros que se atrevieron á disputarle los mejores bocados y el honor lucrativo de acompañar á Irene.—¿Quién es esa máscara? ¿De qué viene vestido ese?—A estas preguntas de los convidados, Irene sólo respondia diciendo:—¡Es mio, es mio!

Aunque Pipá no simpatizó con aquella gente menuda, cuya debilidad le parecia indigna de los ricos trajes que vestian, y más de las hermosas espadas que llevaban al cinto, sacó el partido que pudo de la fiesta, aprovechando el favor de la señora de la casa. Comió y bebió mucho, se hartó de manjares y licores que nunca habia visto, y se creyó en el cielo del dios bueno, al pasear triunfante al lado de Irene por aquellos estrados, cuyo lujo le parecia muy conforme con los sueños de su fantasía, cuando oyera contar cuentos de palacios encantados, de esos que hay debajo de tierra y cuya puerta es una mata de lechugas que deja descubierta la entrada á la consigna de: ¡ábrete Sésamo!

Concluido el baile, Irene yacía en su lecho de pluma, fatigada y soñolienta, acompañada de Pipá y de la marquesa. Julia, inclinada sobre la cabecera hablaba en voz baja, casi al oído de la niña. Pipá del otro lado del lecho, vestido aún con el fúnebre traje de amortajado, tenia entre sus manos una diminuta y blanca de la niña, que, hasta dormir, queria estar acompañada de su muñeco de movimiento. No habria consentido Irene en acostarse sino previa la promesa solemne de que Pipá no saldría de su casa aquella noche, dormiría cerca de su alcoba y vendría muy temprano á despertarla para jugar juntos al día siguiente y todos los días en adelante. La marquesa, previo el consentimiento de Pipá, prometió lo que Irene pedía, y con estas condiciones se metió la niña en el lecho de ébano con pabellon blanco y rosa. Pipá, en pié, se inclinaba discretamente sobre el grupo encantador que formaban las rubias cabezas mezclando sus rizos; Irene tenia los ojos fijos en el rostro de su madre, y su mirada tenia todo el misterio y toda la curiosidad mal satisfecha con que ántes la vimos fija en la luna. Pipá miraba la cama del pabellon con ojos tambien soñadores. Julia contaba el *cuento de dormir*, que aquella noche habia pedido Irene que fuese muy largo, muy largo y muy lleno de peripecias y cosas de encanto. Los párpados de la niña que parecian dos pétalos de rosa se unian de vez en cuando porque iba entrando ya *D. Fernando*, como llamaba la madre al sueño, sin que yo sepa el origen de este nombre de Morfeo. Pero el pillete, acostumbrado á trasnochar, más despierto con las emociones de aquella noche, y de veras interesado con la narracion de Julia, oía sin pestañear, con la boca abierta; y aunque cazarro y socarron y muy experimentado en la vida, niño al fin, abría el alma á los engaños de la fantasía y respiraba con delicia aquel aire de lo sobrenatural y maravilloso, natural alimento de las almas puras, jóvenes é inocentes.

El placer de oír cuentos era de los más intensos para Pipá; suspendióse en él toda la malicia de sus pocos pero asendereados años, y quedaba sólo dentro del cuerpo miserable su espíritu infantil, puro como el de la misma Irene. La fantasía de Pipá tenia más hambre que su estómago; Pipá apenas habia tenido *cuentos de dormir* al lado de su cuna; esa semilla que deja el amor de las madres en el cerebro y en el corazón, no habia sido sembrada en el alma de Pipá. Tenia doce años, sí, pero al lado de Irene y Julia, que gozaban el misterioso amor de la madre y el infante, era un pobre niño que gozaba con delicia de los efluvios de aquel cariño de la cuna, que no era suyo, y al que tenia derecho, porque los niños tienen derecho al regazo de la madre y él apenas habia gozado de esta vida del regazo. De todo cuanto Pipá habia visto en el pala-

cio nada habia despertado su envidia, pero ante aquel grupo de Julia é Irene besándose á la hora de dormirse el ángel de la cuna, Pipá se sintió sediento de dulzuras que veía gozar á otros, y hubiérase de buena gana arrojado en los brazos de la marquesa pidiéndole amor, caricias, cuentos para él. En el cuento de aquella noche habia, por supuesto, bailes de máscaras celebrados en regiones encantadas, servían los refrescos las enanas negras, que siempre hacen tales oficios en los palacios encantados, las mesas estaban llenas de riquísimos manjares, especialmente de aquellos que á Irene más le agradaban, y era lo más precioso del caso que los niños convidados podian comer á discrecion y sin ella de todo, sin que les hiciese daño. Irene insinuó á su madre la necesidad de que Pipá anduviese tambien por aquellas regiones.

Y decia Julia:—Y habia una niña muy rubia, muy rubia, y muy bonita, que se llamaba Irene.—Irene sonreía y miraba á Pipá con cierto orgullo,—que iba vestida de señora de la corte de Luis XV, con un traje de color azul celeste....—¿Y con pendientes de diamantes?—Y con pendientes de diamantes.—¿Y habia una máscara que se llamaba Pipá? preguntaba Irene.—Y habia un Pipá vestido de fantasma.—Aquí era Pipá el que sonreía satisfecho....

Después de ver pasar á los personajes del cuento por un sin número de peripecias, Irene se quedó dormida sin poder remediarlo.—Y aduerme, dijo la marquesa, que enfrascada en sus invenciones, que á ella misma la deleitaban más de lo que pudiera creer, no habia sentido al principio que la niña estaba con los angelitos. Pipá volvió con tristeza á la realidad miserable. Suspiró y dejó caer blandamente la mano de nieve que tenia entre las suyas.—¿Verdad que es muy hermosa mi niña? dijo Julia que se quedó mirando á Pipá con sonrisa de María Santísima, como la calificó el pillete para sus adentros.—El amortajado miró á la marquesa y atreviéndose á más de lo que él pensara, en vez de contestar á la pregunta hizo esta otra:—¿Y qué más?—Era la frase que acababa de aprender de labios de Irene; en aquella frase se pedía indirectamente que el cuento se prolongase.

Y Julia, llena de gracia, inflamada en dulcísima caridad, de esa que trae á los ojos lágrimas que deposita en el corazón Dios mismo para que nos apaguen la sed de amor en el desierto de la vida, Julia, digo, hizo que Pipá se sentara á sus piés, sobre su falda, y como si fuese un hijo suyo besóle en la frente, que ya no tapaba la careta de calavera; y eran de ver los pardos ojos de Pipá, puros y llenos de visiones que los hacian serios, siguiendo allá en los espacios imaginarios las aventuras que contaba la marquesa.

¡Aquello sí que era el cielo! Pipá se creía ya gozando del dios bueno, y para nada hubiera querido volver á la tierra, si no hubiera en ella... pero dejemos que él mismo lo diga.

Fué el caso que la marquesa, loca de imaginacion en sus soledades, y sola se creía estando con Pipá, continuó el cuento de la manera más caprichosa. Aquel Pipá y aquella Irene del palacio encantado, crecian, ella se hacia una mujer hermosa, poco más ó menos de las señas de su madre.—¿Más bonita que V.? preguntaba Pipá dando con esto más placer á la marquesa del que él ni ella pensaban que pudiera dar tal pregunta.—Sí, mucho más bonita.—Y para pagar la galantería, Julia se figuraba que el Pipá hecho hombre era un gallardísimo mancebo, y procuraba que conservara aquellas facciones que en el pillastre eran anuncio de varonil belleza....—¿Qué extraña casualidad habia juntado el espíritu y las miradas de aquellos dos seres que parecian llamados á no encontrarse jamás en la vida!—La imaginacion de Pipá, poderosa como ninguna, una vez excitada, intervino en el cuento y la narracion se convirtió en diálogo.—Irene tiene castillos, y muchos guerreros que son sus criados, decia Julia.—Y Pipá, respondía el interesado, es un caballero que mató muchos moros, y le hacen rey... Y así estuvieron soñando más de media hora el pillastre y la marquesa. Mas ¡ay! precisamente al llegar al punto culminante de la fábula, á la boda de la castellana Irene y del rey Pipá, éste interrumpió el soñar, hizo un mohín, se puso en pié y dijo con voz un poco ronca, truhanesca, y escupiendo, como solia, por el colmillo:

—Yo no quiero ser rey, voy á ser de la tralla.

—¡De la tralla!—Sí, zagal de la diligencia grande de Castilla.—Pero hombre, entonces no vas á poder casarte con Irene.—Yo quiero casarme con la Pistañina.—¿Quién es la Pistañina?—La hija del ciego de la calle de Extremeños. Esa es mi novia.

VI

Era media noche. Ni una nube quedaba en el cielo. La luna habia despedido á sus convidados y sola se paseaba por su palacio del cielo, vestida todavia con las galas de su luz postiza.

Pipá velaba en el lecho que se habia improvisado para él cerca del que solia servir al cochero. Pero no aquella noche en que la gente del servicio, sin permiso del ama, habia salido á correr aventuras. El cochero y otros dos mozos habian dejado el tranquilo palacio y la puerta imprudentemente entornada. Pipá, que todo lo habia notado, vituperó desde su lecho aquella infame conducta de los lacayos. El no sería lacayo, para poder ser libre sin ser desleal. Al pensar esto recordó que la gente de la cocina le habia elogiado su buena suerte en quedarse al servicio de Irene: y recordó tambien él cierta casaca que habia dejado apenas estrenada un enano que servia en la casa de lacayo y que habia muerto.—A Pipá le estará que ni pintada la casaca del enano, habia dicho el cocinero.

Al llegar á este punto en sus recuerdos, Pipá se incorporó en su lecho, como movido por un resorte. Por la ancha ventana abierta vió pasar los rayos de la blanca luna. Vió el cielo azul y sereno de sus noches al aire libre y al raso. Y sintió la nostalgia del arroyo. Pensó en la Pistañina que le habia dicho que aquella noche tendria que cantar en la taberna de la Teberga hasta cerca del alba. Y se acordó de que en aquella taberna tenian una broma los de la tralla, los delanteros y zagales de la diligencia ferro-carrilana y los del correo. Pipá saltó del lecho. Buscó á tientas su ropa; después la que habia ganado en buena lid y robado en la iglesia, y vuelto á su vestimenta de amortajado, sin pensarlo más, renunciando para siempre á las dulzuras que le brindaba la vida del palacio, renunciando á las caricias de Irene y á los cuentos de Julia, y á sus miradas que le llenaban el corazón de un calor suave, no hizo más que buscar la puerta, salió de puntillas y en cuanto se vió en la calle, corrió como un presidiario que se fuga; y entonces sí que hubiera podido pasar á los ojos del miedo por un difunto escapado del cementerio que volvia en noche de carnaval á buscar los pecados que le tenian en el infierno.

La entrada de Pipá en la taberna de la Teberga fué un triunfo. Se le recibió con rugidos de júbilo salvaje. Su disfraz de muerto enterrado pareció del mejor gusto á los de la tralla, que en aquel momento fraternizaban, sin distincion de coches. Pipá vió, casi con lágrimas en los ojos, cómo se abrazaban y cantaban juntos un coro un delantero del Correo y un zagal de la Ferro-carrilana.

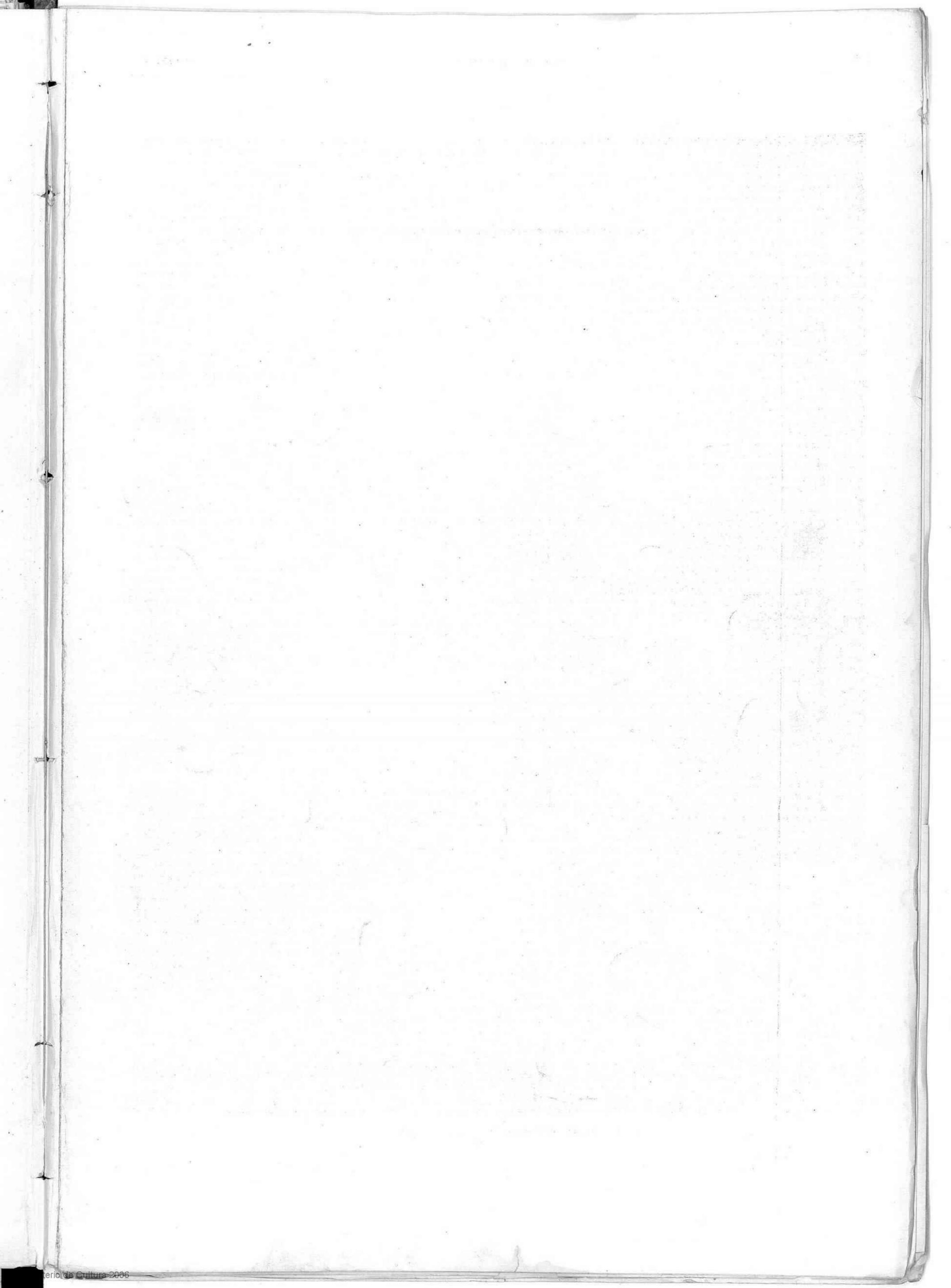
No hubiera visto con más placer el prudente Néstor abrazados á Agamenon y Aquiles.

Aquellos eran los héroes de Pipá. Su ambicion de toda la vida ser delantero. Sus vicios precoces, que tanto le afeaba el vulgo, creíalos él la necesaria iniciacion en aquella caballería andante. Un delantero debia beber bala rasa y fumar tagarninas de á cuarto. Pipá comenzaba por el principio, como todo hombre de verdadera vocacion que sabe esperar. *Festina lente*, pensaba Pipá aunque no en latin, y esperando que algun día sus méritos y sus buenas relaciones le hiciesen delantero, por lo pronto ya sabia el aprendizaje del oficio, blasfemaba como un sabio, fumaba y bebía y fingía una malicia y una aficion al amor carnal, grosero, que no cabia aún en sus sentidos, pero que era perfecta imitacion de las pasiones de sus héroes los zagales. El aguardiente le repugnaba al principio, pero era preciso hacerse á las armas. Poco á poco le fué gustando de véras y cuando ya le iba quemando las entrañas, era en Pipá este vicio el único verdadero.

Todos los de la tralla, sin distincion de empresas ni categorías, estaban borrachos: terminada la cena, habíase llegado á la serie interminable de copas que habia de dar con todos en tierra. En cuanto Pipá, á quien se esperaba, estuvo dentro, se cerró la taberna. Y creció entonces el ruido hasta llegar á infernal. Pipá bailó con la Retreta, mujer de malísimos vicios, que al final del primer baile de castañuelas cogió al pillete entre sus fornidos brazos, le llenó la cara de besos y le prodigó las expresiones más incitantes del cínico repertorio de sus venales amores. ¡Cómo celebró la chusma la gracia con que la Retreta se fingió prendada de Pipá! Pipá, aunque agradecido á tantas muestras de deferencia, á que no estaba acostumbrado, sintió repugnancia al recibir aquellos abrazos y besos asquerosos. Se acordó de la falda de Julia que pocas horas ántes le diera blando asiento. Además, estaba allí la Pistañina. La Pistañina, al lado de su padre que tocaba sin cesar, cantaba á grito pelado coplas populares, obs-



UN ALMA ENFERMA por Herman Kaulbach





BODA DE ALEJANDRO EL MAGNO EN SUSA, (CUADRO DE ANDRÉS MULLER)





LUIS XV EN EL GABINETE DE LA DUBARRY por Benczur Gyula

cenar casi todas. Su voz ronca, desgarrada por el cansancio, parecía ya más que canto, un estertor de agonía. Aquellos inhumanos, bestias feroces, la hubieran hecho cantar hasta que cayera muerta. Cuando la copla era dulce, triste, inocente, un grito general de reprobación la interrumpía, y la Pistañina, sin saber porqué, acertaba con el gusto predominante de la reunión volviendo á las obscenidades.

Tengo frío, tengo frío,  
dijo á su novio la Pepa;  
él la apretó contra el pecho  
y allí se le quedó muerta

cantó la niña y el público gritó:—¡Fuera, fuera! ¡otra...!

Y la Pistañina cantó:

Quisiera dormir....

—¡Eso, eso! ¡venga de ahí!

La embriaguez estaba ya en la atmósfera. Todo parecía alcohol; cuando se encendía un fósforo, la Pistañina, la única persona que no estaba embriagada, temía que ardiese el aire y estallase todo.

Pipá, loco de alegría, viéndose entre los suyos, comprendido al fin, gracias á la invención peregrina del traje de difunto, alternando con lo mejor del gran mundo de la tralla, hizo los imposibles de gracia, de desvergüenza, de cinismo, olvidado por completo del pobre ángel huérfano que tenía dentro de sí. Creía que á la Pistañina le agradaban aquellos arrebatos de pasión soez, aquellos triunfos de la desvergüenza. Tanto y tan bueno hizo Pipá, que la concurrencia acordó, con esa unanimidad que sólo inspira en las asambleas la borrachera del entusiasmo ó el entusiasmo de la borrachera, acordó, digo, celebrar la apoteosis de Pipá, como fin de fiesta. Anticipando los sucesos, quisieron celebrar el entierro de la sardina, enterrando á Pipá. Este prometió asistir impasible á sus exequias. Nadie se acordó allí de los antecedentes que tenía en la historia esta fúnebre excentricidad, y lo original del caso los embriagó de suerte—si algo podía ya embriagarlos,— que ántes hubieran muerto todos, como un solo borracho, que renunciar á tan divertido fin de fiesta.

Pipá, después de bailar en vertiginoso baile con la Retreta, cayó en tierra como muerto de cansancio. Quedó rígido como un cadáver y ante las pruebas de defunción á que le sujetaron los delanteros sus amigos, el pillastre demostró un gran talento en el arte de hacerse el muerto.—¡Tonino è morto! dijo un zagal que recordaba esta frase oída á un payaso en el Circo, y la oportunidad del dicho fue celebrada con cien carcajadas estúpidas. ¡E morto! ¡morto! gritaban todos, y bailaban en rueda, corriendo y atropellándose hombres y mujeres en derredor de Pipá amortajado. Por las rendijas de puertas y ventanas entraba algo de la claridad de la aurora. Los candiles y quinqués de fétido petróleo se apagaban, y alumbraban la escena con luz rojiza de siniestros resplandores las teas que habían encendido los de la tralla para mayor solemnidad del entierro. La poca luz que de fuera entraba en rayas quebradas parecía más triste mezclada con la de aquellas luminarias que envenenaban el aire con el humo de olor insoportable que salía de cada llama temblorosa. En medio de la horrfona gritería, del infernal garbullo, sonaba la voz ronca y desafinada de la Pistañina, que sostenía en sus hombros la cabeza de su padre borracho. Blasfemaba el ciego, que había arrojado la guitarra lejos de sí, y vociferaba la Pistañina desesperada, llorando y diciendo:—¡Que se quema la casa, que queman á Pipá, que va á arder Pipá, que las chispas de las teas caen dentro de la pipa!....—Nadie oía, nadie tenía conciencia del peligro. Pipá yacía en el suelo pálido como un muerto, casi muerto en realidad, pues su débil cuerpo padecía un síncope que le produjo el cansancio en parte y en parte la embriaguez de tantas libaciones y de tanto ruido; después fué levantado sobre el pavés.... es decir, sobre la tapa de un tonel y colocado, en postura supina, sobre una pipa llena de no sé qué líquido inflamable, acaso la pipa del petróleo.

La pipa estaba sin más cobertera que el pavés sobre que yacía Pipá, sin sentido.—Pipá no está muerto, está borracho,—gritó Chiripa, delantero de trece años.—Darle un baño, darle un baño, para que resucite,—se le ocurrió añadir á Pijueta, un zagal cesante.... y entre Chiripa, Pijueta, la Retreta y Ronquera, que estaba en la fiesta, aunque no era de la tralla, zambulleron al ilustre Pipá en el terrible líquido que contenía aquel baño que iba á ser un

sepulcro. Nadie estaba en sí: allí no había más conciencia despierta que la de la Pistañina, que luchaba con su padre furioso de borracho. La niña gritaba: ¡Que arde Pipá!... y la danza diabólica se hacía cada vez más horrfona; unos caían sin sentido, otros con él, pero sin fuerza para levantarse; inmundas parejas se refugiaban en los rincones para consumir imposibles liviandades, y ya nadie pensaba en Pipá. Una tea mal clavada en una hendi-

—Dicen que Ronquera...

—Cá, no tal. A Ronquera no se le quemó más que un zapato... que había dejado encima de la mesa creyendo que era el vaso del aguardiente.

El público rió el chiste.

El gracioso era Celedonio, el público el coro de viejas que pide á la puerta de Santa María.

El lugar de la escena el pórtico donde Pipá había vencido el día anterior á Celedonio en singular batalla.

Pero ahora no le temía Celedonio. Como que Pipá estaba dentro de la caja de enterrar chicos que tiene la parroquia, como esfuerzo supremo de caridad eclesiástica. Y no había miedo que se moviese, porque estaba hecho un carbon, un carbon completo, como decía Maripujos.

La horrible bruja contemplaba la masa negra, informe, que había sido Pipá, con mal disimulada alegría. Gozaba en silencio la venganza de mil injurias. Tendió la mano y se atrevió á tocar el cadáver, sacó de la caja las cenizas de un trapo con los dedos que parecían garfios, acercó el infame rostro al muerto, volvió á palpar los restos carbonizados de la mortaja, pegados á la carne, y dijo con solemne voz, lo que puede ser la moraleja de mi cuento para las almas timoratas:

—¡Este pillito! Dios castiga sin palo ni piedra.... Robó al santo la mortaja.... y de mortaja le sirvió la rapiña.... Esta es la mortaja que robó ahí dentro!—Todas las brujas del corro convinieron en que aquella era obra de la Providencia.

Y dicha así la oración fúnebre, se puso en marcha el entierro.

La parroquia no dedicó á Pipá más honras que la *caja de los chicos*, cuatro tabloncillos mal clavados.

Celedonio dirigía la procesion, con traje de monaguillo.

Chiripa y Pijueta con otros dos pilletes llevaban al muerto, que á veces depositaban en tierra, para disputar, blasfemando, quién llevaba el mayor peso, si los de la cabeza ó los de los piés. Eran ganas de quejarse. Pipá pesaba muy poco.

La popularidad de Pipá bien se conoció en su entierro; seguían el féretro todos los granujas de la ciudad.

Los transeúntes preguntaban, viendo el desconcierto de la caterva irreverente, que tan sin ceremonia y en tal desorden enter-

raba á un compañero:

—¿Quién es el muerto?

Y Celedonio contestaba con gesto y acento despreciativos:

—Nadie, es Pipá.

—¡Pipá, que murió quemado! añadian otros pilletes que admiraban al terror de la pillería hasta en su trágica muerte.

En el cementerio Celedonio se quedó solo con el muerto, esperando al enterrador, que no se daba prisa por tan insignificante difunto. El monaguillo levantó la tapa del féretro, y después de asegurarse de la soledad.... escupió sobre el carbon que había dentro.

Hoy ya nadie se acuerda de Pipá, mas que yo; y Celedonio ha ganado una beca en el seminario. Pronto cantará misa.

CLARIN

## FANTASIA DE DICIEMBRE

(Imitación de Kessaleh)

Cuando después de una ausencia larga torné á Ficobriga en el día de año nuevo, iba á ocultarse el sol tras el viejo y carcomido campanario de la iglesia. A la puerta de la posada del *Galgo de oro* me apeé del caballo, que arrojaba por las fosas nasales dos columnas de vaho, como una máquina de vapor, y ya me disponía á atarle á la aldaba de la puerta, cuando una muchacha, con las mangas del jubon remangadas y el delantal recogido bajo el brazo, salió del portal y me miró curiosa y sonriente.

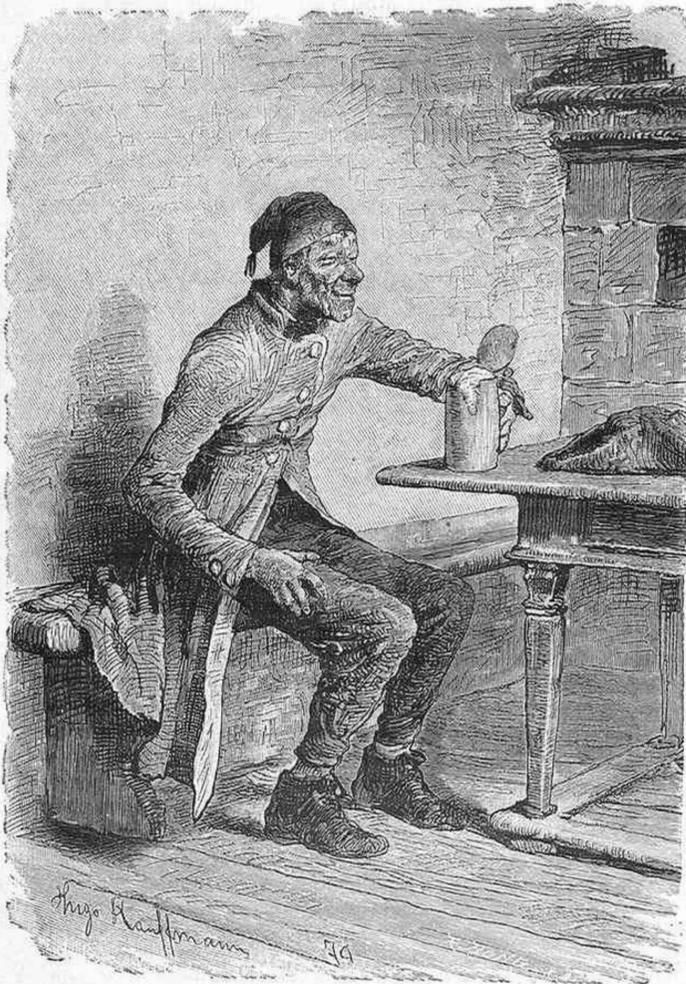
—¿Dónde está el tío Cerezo?—le pregunté.

—¿El tío Cerezo?—repitió ella con aire de asombro.—¿Sin duda viene V. de América?... Ha muerto hace más de diez años.

—¡Muerto!... ¿Carlota?

La muchacha no me respondió, encogióse de hombros y me volvió la espalda.

Entré en la gran sala tristemente preocupado. Nada me pareció haber sufrido alteración; los bancos, las sillas, las mesas, todo estaba puesto en su lugar, al rededor de los muros. El gato blanco de



PLACER CUMPLIDO, dibujo de Hugo Kauffmann

dura de la pared amenazaba caer en el baño funesto y gotas de fuego de la resina que ardía, descendían de lo alto apagándose cerca de los bordes de la pipa. El pillastre sumergido, despierto apenas con la impresión del inoportuno baño, hacia inútiles esfuerzos por salir del tonel, mas sólo por el vilipendio de estar á remojo, no porque viera el peligro suspendido sobre su cabeza y amenazándole de muerte con cada gota de resina ardiendo que caía cerca de los bordes, y en los mismos bordes de la pipa.

—¡Que se abrasa Pipá, que se abrasa Pipá!—gritaba la Pistañina. Los alaridos de la bárbara orgía contestaban. De los rincones en que celebraban asquerosos misterios babilónicos aquellos sacerdotes inmundos salían agudos chillidos, notas guturales, lascivos ayes, ronquidos nasales de maliciosa expresión con que hablaba el placer de la bestia. El humo de las teas, ya casi todas extintas, llenaba el reducido espacio de la taberna, sumiéndola en palpables tinieblas: la luz de la aurora servía para dar con su débil claridad más horror al cuadro espantoso. Brillando como una chispa, como una estrella roja cuyos reflejos atraviesan una nube, se veía enfrente del banco en que lloraba la Pistañina la tea suspendida sobre el tonel de Pipá.

Pronto morirían asfixiados aquellos miserables, si nadie les avisaba del peligro.

Pero no faltó el aviso. La Pistañina vió que la estrella fija que alumbraba enfrente, entre las nieblas que formaba el humo, caía rápida sobre el tonel.... La Pistañina dió un grito.... que no oyó nadie, ni ella....

Todos salieron vivos, si no ilesos, del incendio, menos el que se ahogaba dentro de la pipa.

## VII

- ¡Es un carbon!
- ¡Un carbon completo!
- ¡Lo que somos!
- No hay quien le conozca.
- ¡Si no tiene cara!
- Es un carbon.
- ¿Y murió alguno más?

Carlota sentado sobre sus patas traseras y con los ojos medio cerrados proseguía su sueño. Las copas y los platos de estaño brillaban sobre el aparador, y el reloj, en su caja de nogal, continuaba haciendo sonar el acompasado tic-tac de la péndola.

En este momento entró en la sala Carlota, pero ¡qué vieja estaba! Arrugas paralelas surcaban su frente, y quitaban á sus párpados la suavidad de las hojas de rosa que ántes tenían. Mi antigua novia fué siempre muy coqueta, y áun revelaba esta condicion suya en el cuidadoso vestir, no exento de pretensiones de elegancia. Al detenerse, ponía sobre su delantal las flacas manos y sacaba alternativamente bajo su falda de merino los menudos piés calzados con esmero, como diciendo: «Hé aquí unas manos dignas de ser miradas. Hé aquí unos piés bonitos.»

Cuando me reconoció, estuvo á punto de desmayarse; pero abrazándome para adquirir la certeza de mi existencia real, me suplicó que subiera á su cuarto. Seguila, y cuando estuvimos en la limpia y modesta alcoba, exclamó:

—¡No he olvidado aquellas noches en que tú me enseñabas á tocar la clave!

Y me mostró con su largo dedo índice, la clave, vieja y ronca, que habia heredado de su tío el sacristan.

—¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! ¡Y en esta noche! Todos los años viene, tal noche como la de hoy, un huésped que me llena de susto... Tú me acompañarás si viene, y así no tendré miedo... Con esos puños tan recios que Dios te ha dado, me defenderás, ¿no es eso?

Carlota, mientras así hablaba, habia cogido mis manos y las estrechaba cariñosamente entre las suyas: luégo se sentó en la clave y dijo:

—Voy á recordar la cancion que tú me enseñastes.

Y se puso á cantar un viejo y feísimo himno á mayo, que empezaba:

¡Rosa de Mayo, rosa de Mayo!  
¿Cómo tan presto tu vida pasa?

Esta antigua cancion, la voz cascada de Carlota, su pequeña boca plegada por las arrugas y que apénas osaba entreabrir por no enseñarme sus vacías cavidades, ya sin aquel lindo juego de perlas de sus dientes, sus manos descarnadas, que agitaba descompasadamente, moviendo la cabeza y elevando los ojos al techo, los ecos metálicos del clavicordio y no sé qué olor de reseda marchita y de agua de rosa convertida en vinagre que exhalaban las ropas del lecho y colgadas de la ventana, me hacian estremecer... ¡Horror, horror! Por todas partes decrepitud... ¡Pesadilla abominable!

—¡Carlota, Carlota!—murmuró.

Al punto se levantó, y bajando los ojos con aire ruboroso, balbuceó:

—¡Teodoro, Teodoro! ¿Me amas como siempre?

Al oír estas palabras, sentí erizárseme el cabello; un nudo formado en mi garganta me impedía hasta la respiracion. De un salto me lancé á la puerta; pero Carlota se asió á mi cuello, exclamando:

—¡Oh! esposo mio, no te vayas. No me entregues indefensa al huésped de año nuevo.

—¡El huésped de año nuevo! ¿Qué es eso?—repuse yo volviendo á quedar cautivo entre los brazos de Carlota.—¿Estás loca?

—No, no. El huésped de año nuevo vino á verme por primera vez el dia en que tú te embarcaste para América. Era de noche; habian dado las diez, cuando se oyeron las pisadas de un caballo que atravesaba la calle; al sentir su galope, pensé yo: «¿quién será este viajero retrasado?» Bien pronto se vió avanzar en la sombra un hombre á caballo: llevaba un gran sombrero con pluma y un gaban verde. Su nariz tenia una longitud desmedida, su barba amarillenta comenzaba á despoblarse; era, en fin, tuerto, cojo y jorobado.

Al pasar por delante de la puerta de esta casa se detuvo, y pude ver que vendía relojes de pared. Llevaba muchos pequeños suspendidos de unas cuerdas que le atravesaban la espalda; pero lo que fijó más que nada mi atencion, fué uno, mucho mayor que los demás, colocado en el arzon de la silla de su cabalgadura con la esfera de frente á nosotros y rematando en la figura de un gallo negro, que volvía la cabeza y levantaba una pata al compás del péndulo.

De repente, la máquina de este reloj extraordinario pareció tomar una movilidad vertiginosa, y sus agujas comenzaron á marchar con la velocidad

del rayo, produciéndose un extraño ruido de cadenas en el interior. El extraño comerciante fijó sus ojos grises en los míos, y experimenté una sensacion parecida á la que producen mil uñas que se clavasen en el rostro. Caí al suelo sin sentido, y al volver al uso de mis facultades habíase marchado el relojero... Corrí á mi cuarto, me miré en este espejo, y ví que mi frente, ántes tersa como el papel en que me escribiste tu primera carta de amor, se



PLACER FRUSTRADO, dibujo de Hugo Kauffmann

hallaba surcada por una arruga... Desde aquella noche, todos los años ha venido ese infame hombre, y cada visita suya se señala en mi rostro con una raya. ¿No es esto horrible, Teodoro? Pero al fin viniste y ya nadie se atreverá á hacerme daño.

Temí que Carlota habia perdido el juicio, y que todas aquellas palabras eran producto de su enajenacion; y más aún, cuando volviendo á sentarse en la clave, dejó correr sobre el amarillento marfil de sus teclas aquellas manos huesudas y afiladas como instrumentos de cirugía, y cantó otra vez:

¡Rosa de Mayo, rosa de Mayo!  
¿Cómo tan presto tu vida pasa?

—Calla, Carlota. No cantes más. Esas malditas coplas me hacen pensar en que soy viejo.

—¡Viejo! No eres viejo... ni yo tampoco lo soy. Estas arrugas no significan otra cosa que desdichas, noches de fiebre, enfermedades: pero todavía tengo vigor y energía para amar. Todavía hay fuego aquí, todavía hay frescura en mis labios.

Carlota se oprimió con las manos el flaco seno, y despues, sentándose en la silla inmediata á la mia, dijo:

—El mes que viene nos casaremos, ¿Verdad? Te han dicho acaso que yo no te amaba. ¡Qué infamia! Te adoro, te adoro.

La pobre mujer procuraba dar á sus facciones el seductor encanto de la pasion, y echándome los brazos al cuello, como quien echa una cadena, dejó caer su cabeza en mi hombro. Yo no sabia qué pretexto hallar para arrancarme de aquellos lazos, con que un amor avejentado y dueñesco trataba de prenderme; pero como semejante escena me empezaba á parecer más ridícula que otra cosa, alcéme de mi asiento con violencia y me dirigí á la ventana, seguido de Carlota. Apoyé mis codos en el alfeizar y miré á la oscura inmensidad, cuya lóbreguez infinita se acomodaba á la tristeza de mi alma. Ni una luz en el cielo, ni un resplandor en la tierra; la calma y el silencio reinaban en todas partes, y sólo de rato en rato escuchábase un leve movimiento del aire, que se hubiese creído la respiracion pausada y tranquila de la noche.

—¿No te gusta la música?—me dijo Carlota.— ¡Parece imposible! La música, que es como el pensamiento que suena, debe gustar á todo el mundo! —Sí, hija, sí,—repuse—me gusta la música; pero esa música de tu clave tiene algo de funeral que espanta.

—¡Funeral la música de Mayo, la música del amor!

Iba á seguir hablando, pero súbitamente quedó callada, con las pupilas abiertas é inmóviles; alargó el enteco cuello de cisne y prestó oído á algun lejano rumor, que yo no podia precisar hácia dónde sonaba. Era así, como el que produce la masticacion de muchas quijadas flojas que triturasen arena, como el que causa el hierro al dejarse herir, lanzando chispas, por el asperon.

—Ese es... ese es!—murmuró con asustada voz Carlota.—Ese es el hombre de los relojes... ¡Dios mio... Dios mio! Teodoro, defiéndeme.

—Tranquilízate... Ese ruido le produce el viento,—repliqué yo.

Pero entónces, Carlota se apartó de la ventana y se dejó caer en el viejo sillón que habia cerca de la clave.

—¡Otro año!—murmuró—Terrible tarea es esta. ¡Contar años y años como la péndola de ese reloj! ¿No le has visto pasar?... Pues sí; iba en su caballo con sus mil relojes colgados de la silla y pendientes de las manos. Todos andaban, todos se movian, produciendo un ruido espantoso. Cada reloj es una vida, y cuando se le acaba la cuerda, ese infame viejo le arroja al suelo.

Aquella mujer estaba loca. Asustado de sus palabras incoherentes, me alejé de allí, mientras ella, lanzando una carcajada nerviosa y haciendo galopar sus dedos ágiles y finos sobre el clavicordio, cantaba:

¡Rosa de Mayo, rosa de Mayo!  
¿Cómo tan presto tu vida pasa?

J. ORTEGA MUNILLA

CRONICA CIENTIFICA

LAS TIERRAS QUE RESPIRAN  
(PRIMERA PARTE)

En tiempo remotísimo, cuando el continente europeo empezaba á delinearse apénas en la superficie del planeta, las aguas del inmenso mar del Sur bañaban las costas de otro extenso continente que á la parte Sudeste de lo que hoy es Malaca se extendia. Hundióse en las entrañas del Océano tan vasta extension de tierras y sólo quedaron á flor de agua, como reliquias de aquel mundo sumergido, gran muchedumbre de islas de las que forman los archipiélagos australianos.

Pero á la par que un continente iba desapareciendo á trozos, empezaban á aparecer por multitud de sitios del Pacífico tierras nuevas, como si en incesante lucha la parte sólida del globo con la líquida, buscara el ganar por otra parte lo que en las regiones australianas habia perdido.

Levantamientos volcánicos agitaron los profundos senos del Océano y de la masa inmensa de las aguas salieron, en violentas erupciones, grandes moles graníticas y basálticas que, rompiendo la superficie del mar, se elevaron hasta la region de las nubes. Penachos de humo coronaron las montañas así formadas, torrentes de lava encendida descendieron por sus abruptas laderas y nubes de ceniza vinieron á posarse en todos los lugares circunstantes.

Millones de seres tan mezquinos por su pequeñez, como notables por su laboriosidad, trabajando de continuo en el seno de los mares, fueron, á su vez, trasformando el contorno de los islotes volcánicos que iban apareciendo. Los foraminíferos y las diatomeas, en el fondo del Océano; y los corales, las madreporas, las esponjas, y otros muchos animalillos semejantes, en las capas superiores de las aguas, segregando, como suelen, materiales calizos y silíceos, se dieron á formar caprichoso y pético ramaje que sobresaliendo del nivel del Océano fué bordeando las abruptas costas de las rocas eruptivas y aumentando su extension á expensas de la mar.

En muchas ocasiones los grandes levantamientos de las rocas ígneas no llegaron hasta el punto de que las masas sólidas asomaran sobre el Océano, sino tan sólo á que quedaran á pocas brazas bajo su superficie. En tales casos, tomando estos formidables pedestales como cimiento de sus construcciones, fueron los diminutos obreros oceánicos elaborando sus intrincados bosques de piedra; hasta lograr, amontonando molécula á molécula, llegar más altos que las mismas crestas de las olas. Estas, de dominadoras que eran, fueron dominadas; lo sólido, formado por los microscópicos seres que en ellas pululaban, llegó á salir á la atmósfera y entónces las aguas tuvieron que estrellarse, unas veces rugiendo soberbias, otras susurrando pacíficas, contra las nuevas tierras que así habian brotado de su seno.

\* \* \*

Ya tuviesen armazon volcánico, ya fuesen originados por entero por las secreciones de los animales marinos, los islotes que así fueron naciendo iban lentamente tomando el aspecto de las demás tierras habitadas.

Las olas rompian los extremos de las ramas de los corales y madréporas y los trozos iban rellenando los huecos que en los arrecifes se formaban; pedazos de conchas, despojos de los innumerables organismos que flotan en el mar, y arenas arrastradas por los vientos fueron tambien igualando las quebras y otras deformidades del terreno. Las numerosísimas colonias de animalillos que habitaban la parte interna de tales islotes iban pereciendo conforme estos ganaban en extension, pero sus ciudades y sus cadáveres quedaban ya formando tierra firme, mientras que en todo el contorno, en todo el litoral, la parte viviente del islote, es decir, las generaciones sucesivas de organismos, continuaba incesantemente su obra de construcción de nuevas tierras.

Las aguas del mar, las lluvias y los vientos actuando sobre la superficie libre de estas islas llegaron a formar en ellas una délgada capa de tierra vegetal con los despojos de suelos y de plantas que consigo transportaron. Las corrientes de aire, y las aves, en sus paradas a través del Océano, depositaron algunos gérmenes vegetales procedentes de las regiones más próximas y bien pronto al germinar y al propagarse aquellos, cubrieron de verdes maticés las costas antes grises y monótonas. A las plantas más sencillas siguieron las más complicadas, cuando, por los despojos de las primeras, el suelo se encontró bien dispuesto para que arraigaran semillas pertenecientes a las otras y por el mismo camino conducidas. Llegó así su turno a los arbustos y a los árboles; insectos y gusanos de los transportados por los troncos flotantes en las aguas poblaron bien pronto los bosques, y las aves acudieron a colgar sus nidos de las ramas ó a ocultarlos entre el follaje, con lo cual concluyeron de tomar aquellas tierras la animacion y el aspecto de las que suelen servir de habitacion al hombre en la superficie del planeta.

Hombres de razas primitivas; micronesios que habitaban sobre los restos del continente oceánico sumergido, navegando en toscas piraguas ó en simples troncos de árboles, arribaron a aquellos islotes formados de masas graníticas y basálticas y de bancos de coral. Corrieron los tiempos y cuando la emigracion malaya, partiendo de Sumatra, fué extendiéndose poco a poco por toda la Oceanía, y llegó hasta aquellas tierras solitarias en medio del mar del Sur, encontraron los malayos a los descendientes de los antiguos micronesios habitando en las cavernas y los tomaron por genios de aquellos lejanos y misteriosos países. Los inmigrantes malayos allí establecidos perdieron las comunicaciones con los pueblos más lejanos de la Oceanía y así pasaron siglos y siglos sin que en Europa se sospechara siquiera la existencia de aquellas regiones remotas y de aquellas razas antiquísimas.

Esta es la historia de centenares de islas esparcidas por el Océano Pacífico y mar de las Indias; pero es lo notable que esta formacion continúa hoy día en la misma escala y forma que queda descrita. Así, la isla Bikri, en



ESTATUA DE GOTOLDO EFRAIM LESSING; por F. Schaper

los arrecifes de Ebon, no asomaba an en 1825 fuera de la superficie de las aguas; en 1860 era ya un islote que presentaba sobre el Océano unas cuarenta áreas de extension y algunos musgos crecian en las orillas. Hoy es una isleta a trechos verde, a trechos blanquecina rodeada por todas partes de intrincado laberinto de políperos que procuran ensanchar las fronteras de Bikri.

Se pueden citar otros muchísimos casos como este, pues que las grandes islas coralinas del Pacífico son unas trecientas y miden una extension de 50,000 kilómetros cuadrados, y en cuanto a las islas pequeñas de igual origen, son tantas, que es empresa difícil enumerarlas. Solamente el Sultan del archipiélago de las Maldivas, puede titularse soberano de más de doce mil.

Y lo más notable de todas estas tierras es que por razon de su origen y por la naturaleza extraña de sus costas, son tierras que crecen, que están en transformación continua, en una palabra, que respiran, conforme en el artículo siguiente se verá.—DOCTOR HISPANUS

## NOTICIAS VARIAS

ASOCIACION CIENTIFICA INTERNACIONAL.—Ampliando las noticias que en números anteriores dimos sobre la Asociacion científica cuyo campo de exploracion comprende las dos zonas glaciales, siendo las observaciones que se han de hacer relativas principalmente a los fenómenos magnéticos y meteorológicos, añadiremos hoy que el proyecto de esas investigaciones fué trazado primitivamente en el seno del Congreso meteorológico de Roma, en 1879, bajo la iniciativa de M. Weyprecht. Su muerte reciente es tanto más sensible para la ciencia, cuanto que la práctica de explorador de este sabio alemán hubiera sido utilísima en la ejecucion de la obra que concibió. El programa de la empresa se concertó en el seno de una Comision polar nombrada por el Congreso, y que desde 1879 a 1881 se reunió sucesivamente en Hamburgo, Berna y San Petersburgo. Los Estados Unidos enviaron ya desde este último año las expediciones destinadas a prestar su concurso, y que deben permanecer tres años en sus estaciones respectivas; los otros gobiernos partícipes han hecho sus preparativos para el período comprendido entre el 1.º de agosto de 1882 y el 1.º de setiembre de 1883. Hoy se tienen noticias de la feliz llegada de los buques a los puntos designados, de los cuales damos aquí la lista, con los nombres de los jefes de estacion.

- 1 Punta Barrow, Estados Unidos, teniente Ray.
- 2 Fuerte Rae, Inglaterra y Canadá, capitán Dawson.
- 3 Golfo de Cumberland, Alemania, doctor Giese.
- 4 Bahía de Lady Franklin, Estados Unidos, teniente Greely.
- 5 Godfráh, Dinamarca, ayudante Paulsen.
- 6 Juan Mayen, Austria, teniente Wohlgemuth.
- 7 Cabo Tordsen (Spitzberg), Suecia, capitán Malmberg.
- 8 Bossecop, Noruega, ayudante Steen.
- 9 Sodan Kila, Finlandia, Lemstrom y Biése.
- 10 Bahía Moller (Nueva Zembla), Rusia, teniente Andrejew.
- 11 Puerto Dickson, Países Bajos, doctor Smellen.
- 12 Desembocadura del Lena, Rusia, teniente Iurgens.
- 13 Cabo de Hornos, Francia, capitán Marcial.
- 14 Georgia del Sur, Alemania, doctor Schrader.

El personal de estas estaciones se compone generalmente de diez a catorce personas, sabios ó militares, obreros, marinos, etc.; la más numerosa, que cuenta veintiseis personas, es la del *Servicio de Señales*, de los Estados Unidos, situada en la Bahía de Lady Franklin.

En el programa general están comprendidas las observaciones sincrónicas, que deben hacerse por primera vez en las regiones polares árticas y antárticas; y además se ha hecho un llamamiento a todos los observatorios situados en las regiones templadas y tórridas para que su personal agregue a los datos científicos en cuyo estudio se ocupa, las noticias de todo género que sea posible obtener. Igual invitacion se ha hecho a todos los amantes de la ciencia que estudian la física del globo, para que tomen nota de todos los fenómenos extraordinarios que puedan observar desde 1882 a 1883. La Comision internacional procederá despues a reunir todas las noticias, de las cuales se debe esperar un gran progreso científico.